



Cada paso es una batalla

Joe estuvo a punto de darse media vuelta y regresar, no solo una vez, sino varias veces.

La mañana del sábado en que fue por primera vez a la Casa Oikos en Helsinki, todo en su interior se resistía a que fuera. Aca-baba de iniciar su camino de fe. La ansiedad fue aumentando a medida que salía de su casa, caminaba hacia la estación de tren, subía al tren y, luego, continuaba caminando hacia una casa desconocida.

«Sentía que cada paso era una batalla», recuerda Joe.

En aquel momento no sabía nada sobre la guerra espiritual, pero ahora sé que había alguien que no quería que yo fuera».

El trayecto final desde la estación debería haber durado unos cinco minutos. Sin embargo, le llevó quince minutos y tres oraciones.

De pie frente a la puerta, Joe dudó. *¿Y si este no es el lugar correcto? ¿Y si no me aceptan?*, pensó. Presionó el timbre, diciéndose a sí mismo que, si nadie respondía en cinco segundos, se iría corriendo a casa.

La puerta se abrió casi de inmediato.

Ante las cálidas sonrisas y la sincera bienvenida, el temor que había acompañado a Joe durante toda la mañana se desvaneció. «Fue como superar una barrera —dijo—. La ansiedad desapareció en el momento en que entré».

Por primera vez, una iglesia le resultaba diferente.

El camino de Joe hasta esa puerta había comenzado mucho antes de llegar a Finlandia. Joe, nacido en Tailandia, de padre finlandés y madre tailandesa, pasó gran parte de su infancia asistiendo a escuelas

adventistas. Aprendió historias bíblicas, cantaba himnos y oraba antes de las comidas, pero la fe le resultaba lejana.

«Creía que Dios existía —dijo—, pero no lo conocía personalmente».

Cuando Joe tenía 13 años, su madre falleció. Aunque ella había abrazado la fe cristiana poco antes de su muerte, la pérdida dejó a Joe profundamente confundido y amargado. Un grupo de jóvenes que le había servido de refugio se disolvió poco después, y sus preguntas sobre Dios quedaron sin respuesta.

«No entendía por qué un Dios de amor se llevaba a mi madre y, después, al grupo de jóvenes —dijo Joe—. Así que me alejé».

Durante años, buscó en otros lugares un sentido de pertenencia: en las fiestas, en el alcohol y, más tarde, en caminos espirituales alternativos. Nada fue duradero. Lo que en un principio adormecía el dolor, con el tiempo lo agravaba.

A sus veintitantos, Joe se sentía vacío y agotado. La depresión y la ansiedad lo agobiaban, y una dolorosa ruptura sentimental solo hizo que su desesperación se intensificara.

«Una noche, sentí que el mundo ya no tenía nada que ofrecerme», afirmó.

Cuando Joe tocó fondo, una sola palabra se grabó en su corazón: «Ora».

«Sabía exactamente a quién debía dirigir mi oración: al Dios del que había aprendido de niño», dijo Joe.

Aquella noche, Joe oró con sinceridad y desesperación, pidiéndole a Dios que le quitara el sufrimiento y le diera vida. Agotado tras meses de insomnio, se quedó dormido.

Cápsula informativa

- El nombre oficial de Finlandia es República de Finlandia.
- La capital y ciudad más grande de Finlandia es Helsinki.
- El nombre finlandés de Finlandia es Suomi.
- La moneda de Finlandia es el euro.
- Los idiomas oficiales de Finlandia son el finés y el sueco, aunque también se reconocen idiomas nacionales como el sami, el carelio y el caló finés.
- El himno nacional de Finlandia, «Nuestra tierra», se puede cantar en finés («Maamme») y en sueco («Vårt land»).

Cuando despertó, algo había cambiado. «La depresión había desaparecido —dijo simplemente—. Sabía que no había sido yo. Solo podía atribuirselo a Dios».

Días más tarde, mientras se dirigía en bicicleta al trabajo en la fría oscuridad del invierno, Joe sintió que la alegría brotaba en su corazón. «Sentí como si el sol brillara solo para mí », dijo. Con el corazón agradecido, entregó su vida por completo a Dios.

Poco tiempo después, Joe aceptó una invitación para acudir a la Casa Oikos.

«Nunca había conocido una iglesia así —dijo—. La gente me escuchaba. Querían conocer mi historia. No me juzgaban, solo me hacían sentir que era parte de ellos».

Joe se quedó hasta tarde aquel primer sábado, compartiendo su testimonio una y otra vez con personas que realmente se preocupaban por él. Desde ese día, supo que había encontrado una familia espiritual.

«Lo que más me impresionó —dijo Joe— fue que en Oikos no solo se habla de las enseñanzas de Jesús, sino que tratan de vivirlas».

Animado por la comunidad que creyó en él, Joe comenzó a experimentar un nuevo llamado. Ahora estudia Teología y se prepara para el ministerio pastoral. Su sueño es servir en la Casa Oikos y ayudar a fundar

nuevas iglesias, lugares donde otras personas que buscan un sentido de pertenencia puedan encontrarse con Dios tal y como él lo hizo.

«Esta casa no es más que una herramienta —reflexionó Joe—. Lo que realmente importa es el reino de Dios, y ayudar a otros a descubrir el amor que cambió mi vida».

Cuando mira hacia atrás, Joe ve la mano de Dios en cada paso: desde las semillas sembradas en su infancia hasta el largo y difícil camino hacia una casa en la que finalmente encontró su hogar.

Y sigue caminando, ahora con determinación, fe y esperanza.

El recorrido de Joe nos recuerda que, a menudo, el camino hacia la fe comienza encontrando una comunidad. A través de ministerios como el de la Casa Oikos, Dios está creando espacios en los que las personas que se sienten abrumadas por la soledad, la duda o el miedo pueden encontrar un verdadero sentido de pertenencia y el amor sanador de Cristo. Parte de la ofrenda de este trimestre se destinará a apoyar a la Casa Oikos en su labor de expansión y en sus preparativos para fundar nuevas iglesias destinadas a la próxima generación. Gracias por su generosa contribución.